

ejércitos (1).» Existían, pues, entre los aliados imperiosas razones en pro de la tregua, pero más imperiosas eran las que tenía el emperador de los franceses para proponerla, según él mismo lo confesó claramente en su correspondencia íntima.

En 26 de mayo Napoleón había encargado en Bunzlau al duque de Vicenza que firmara un armisticio, señalando la orilla izquierda del Oder como frontera e indicando que la duración de la tregua debería ser de tres meses a lo menos, pues antes de dos y medio era de todo punto imposible reorganizar su caballería. El día 1.º de junio entró Lauriston en Breslau: esta ciudad, donde tres meses antes había comenzado el movimiento de la guerra de liberación, había caído en poder de los franceses, y tres días después el duque de Vicenza firmaba, por orden del emperador, en Poischwitz un tratado en el cual renunciaba a Breslau y a la línea del Oder y se dejaba encerrar en un territorio poco menos que esquilado, con fronteras perfectamente marcadas y que además de Sajonia solo contenía una mínima parte de Silesia (2): todo esto para conseguir un armisticio no ya de tres meses, ni siquiera de dos completos, sino de 46 días y denunciabile con seis días de anticipación. ¿A qué se debía esto? Habíase ya en 1.º de junio firmado una tregua de 36 horas, cuando, el día 2, el emperador francés ordenó al duque de Vicenza que cediera en las cuestiones de fronteras y de tiempo, aceptando lo que en un principio no hubiera podido admitir. La falta de caballería le impedía asestar grandes golpes y al mismo tiempo la actitud del Austria le parecía tan amenazadora, que creía preciso prepararse para guerrear con esta potencia (3) y conseguir, por tanto, un plazo para recibir todos sus refuerzos. No se le ocultaba que la opinión pública no había de considerar muy glorioso para él este armisticio. «En realidad, — escribía a Caulaincourt, — ¿por qué para un armisticio de seis semanas sacrificar un país de la importancia de Breslau? Yo lo cedo todo; el enemigo nada cede.» Pero en su situación general influía una fuerza poderosa, que no le permitía ningún aplazamiento. Caulaincourt confesó al conde Schuwaloff, en Poischwitz: «Sabed que el armisticio redundará por completo en ventaja nuestra. En confianza puedo deciros que el emperador estaba tan impaciente por saber si se había firmado ya, que no solo me envió tres correos preguntándome si el asunto quedaba arreglado, sino que salió personalmente a recibir al que yo le envié.»

La noticia del armisticio que en 4 de junio habían firmado con Caulaincourt los generales conde Schuwaloff y Kleist produjo una explosión de descontento y de indignación entre los patriotas, que consideraban aquella tregua como precursora de una paz vergonzosa, cuando precisamente, como se vio después, era en realidad el último e indispensable preparativo para la lucha decisiva. En efecto, un perfecto conocimiento de la situación, como el que hoy poseemos, demuestra que si algún defecto tenía este armisticio era el de haberse firmado demasiado tarde, pues si se hubiese pactado antes habría podido salvarse a Hamburgo, y el cuerpo de voluntarios de Lutzow no se habría apartado del grueso del ejército hasta el punto de no saberse positivamente en dónde se encontraba, razón por la cual al firmarse el armisticio no podía calcularse cuánto tiempo se necesitaría para comunicarle oportunamente la noticia de haber sido firmado.

En los artículos 10 y 11 del armisticio se decía: «Todos los movimientos de tropas deben ser de tal manera efectua-

(1) Muffing, pág. 51. Observaciones de Gneisenau contra este plan. Véase Pertz: *Gneisenau*, tomo II, pág. 648.

(2) Odeleben, pág. 125.

(3) *Corresp.*, XXV, págs. 344-346.

dos, que el día 12 de junio cada ejército llegue a su nueva línea. Todos los cuerpos ó porciones del ejército aliado que se encuentren allende el Elba ó en Sajonia, habrán de regresar a Prusia. Los franceses y el ejército aliado deberán expedir oficiales que en todos los puntos anuncien el armisticio y pongan término a las hostilidades.»

El día 9 de junio, Lutzow recorría todavía con su cuerpo de voluntarios la jurisdicción sajona de Plauen, sin haber visto un oficial francés ni prusiano que le diera noticia del armisticio, cuando un destacamento de sus tropas regresó de una expedición que había emprendido a Holf llevando una carta del comandante bávaro que allí había en la cual se le notificaba la firma del armisticio. Desde aquel momento, lo mismo si conocía que si ignoraba el término del 12 de junio, hubiera debido abandonar el territorio enemigo por el camino más corto, para lo cual podía llegar en una jornada a la frontera bohemia ó recorrer en tres días, sin grandes esfuerzos, las 15 millas que le separaban del Elba, atravesando la Sajonia. Pero en vez de esto, lo que hizo fué permanecer con sus tropas varios días en Plauen, hasta que en 14 de junio un capitán sajón le presentó el texto oficial del armisticio: entonces se puso en marcha y acompañado de los sajones llegó muy cómodamente en la tarde del 17 a la aldea de Kitzen, junto a Leipzig, donde sus soldados, en el momento en que se disponían a vivaquear, fueron sorprendidos y en parte acuchillados, en parte dispersados ó hechos prisioneros por 4,000 ginetes franceses y wurtembergueses mandados respectivamente por los generales Fournier y Normann. Lutzow pudo escapar con 21 jinetes de aquella matanza y su ayudante, el teniente Korner, aunque gravemente herido, se pudo salvar y librarse de caer prisionero. El día 17 de junio, es decir, cinco días después del señalado en el armisticio, ningún destacamento del ejército aliado que se encontrara a la izquierda del Elba podía esperar cuartel, y mucho menos aquellas tropas que se habían hecho temibles por la lucha de sorpresas y emboscadas que hacían a espaldas de los ejércitos beligerantes y que eran, por esto mismo, consideradas por Napoleón y por otros como cuadrillas de bandoleros. «El armisticio para todos, menos para vosotros» había dicho Fournier al mayor Lutzow cuando éste en medio de la matanza se lo recordaba, manifestación que expresa perfectamente la salvaje cólera con que los soldados han mirado siempre estos cuerpos de voluntarios y de merodeadores. Esta cólera militar explica también que no se reparara en las mas desleales celadas para apoderarse de la víctima cercada y para sorprenderla infamemente cuando más descuidada estuviera (4). Esto no obstante, en aquella ocasión ni se violó el armisticio ni se faltó al derecho de gentes, como entonces se afirmó, pues que hacía mucho tiempo que no existía allí un derecho a la protección que aseguraba el tratado. Lo que sucedió no hubiera podido acontecer si las preciosas fuerzas que sin provecho para la gran causa se fraccionaban en estos llamados cuerpos de voluntarios, en vez de separarse hubiesen permanecido dentro del ejército prusiano. La fatalidad dió con ello una advertencia que la posteridad no había de echar en olvido. La juventud académica del pueblo alemán no cesó ni cesará de cantar y luchar como cantó y luchó el autor de *Lira y espada* pero no volvió a pensar ni pensará mas en un cuerpo de voluntarios.

(4) Sobre este punto véanse: Hausser, tomo IV, págs. 172-174; Beitzke: *Historia de la guerra de la independencia alemana*, 3.ª edición, tomo I (1864), págs. 441-445; Koberstein: *Casa salvaje é intrépida de Lutzow*, recientemente impresa en mí: *Libro con láminas prusiano*, tomándolo de los anuarios prusianos, Leipzig, 1887. Contra este trabajo se ha escrito la obra: *Cuerpo de voluntarios de Adolfo Lutzow, en los años 1813 y 1814*, de C. de L. Berlin, 1884.

CAPÍTULO III

INTERVENCIÓN ARMADA DEL AUSTRIA

Cuando el conde Metternich, con el carácter por él mismo escogido de mediador, se presentó entre las potencias beligerantes, usó un lenguaje que, en un principio, admitía una doble interpretación, por cuanto su sentido no se traducía por actos bien meditados aunque desconocidos en el mundo exterior. En el momento en que la corte de Viena había de decidirse por abandonar un lenguaje ambiguo y entrar en el terreno de los actos claros y explícitos, veíase obligada a hacer para reconquistar su poderío un sacrificio cuya importancia se iba poco a poco descubriendo. En efecto, para atender a los gastos de su armamento tenía que volver a la creación del papel-moneda, resucitando la deuda de que acababa de librarse a costa de una operación dolorosísima.

Un hecho basta para pintar lo terrible de la situación en que se encontraba el Austria a consecuencia de la guerra de 1809, y este hecho es el de que a principios de 1810 la nación estaba invadida por una masa de papel-moneda, representada por «billetes de banco», por una cantidad cuyo valor nominal ascendía a 900 millones de florines, pero cuyo valor real y efectivo solo era de 225 millones. Y sin embargo, dos años después era el Austria tan feliz, que podía hacer la campaña de Rusia sin papel-moneda y sin acudir a los subsidios extranjeros. ¿Qué había sucedido, en tanto? Una bancarota del Estado, que había retirado de la circulación 1,060 millones de florines en billetes de banco, creando en su lugar unos «resguardos de redención» por un valor de 212 millones de florines, de suerte que los tenedores de billetes solo conservaron $\frac{1}{3}$ del valor nominal de éstos, perdiendo sencillamente los $\frac{2}{3}$. Tal había sido el espíritu del decreto de hacienda que el presidente de la Cámara áulica, el conde Wallis, había promulgado en 25 de marzo de 1811 con fecha de 20 de febrero, después que su antecesor el conde O'Donnell hubo tratado de conjurar la crisis con remedios que, lejos de mejorar, habían empeorado notablemente la situación (1). No habiéndose podido nunca someter a los territorios húngaros a los pagos, de que siempre habían sabido librarse con «voluntario patriotismo»; no habiendo habido resolución bastante para hacer que el Estado confiscara los bienes eclesiásticos, y no permitiendo la situación general disminuir notablemente los gastos del ejército, no le quedaba al Austria más recurso que la bancarota franca y leal, preferible a la bancarota vergonzosa é innoble que, con distinto nombre, dejaba subsistente la antigua miseria.

De esta suerte consiguió el Austria, a tan alto precio, la nivelación entre el dinero contante y sus «signos ficticios» de papel. Cuando a la bancarota vino a unirse la desgracia de una mala cosecha, el conde Wallis contestó a todas las proposiciones de reformas militares que hacía el conde Bellegarde, diciendo: «El Austria está tan postrada, que en diez años y quizás en treinta no puede pensar en una guerra (2).» En tales circunstancias, el simulacro de guerra que durante el verano de 1812 tuvo que hacer el príncipe de Schwarzenberg en la Polonia rusa y que ocasionó grandes sacrificios en hombres y dinero, fué lo más que la nación austriaca pudo realizar para tener al final de la guerra, como gran potencia, «un voto en el capítulo:» este era el único recurso que le quedaba para atender a sus propios y mas inmediatos y vitales intereses. «Si tuviéramos, — decía Metternich a Knese-

(1) A. Beer: *La hacienda de Austria en el siglo XIX*, Praga, 1877, páginas 44-45.

(2) Krones: *Historia de los modernos tiempos de Austria*, Berlin, 1878, página 522.

beck, — 300,000 hombres en pié de guerra y conservásemos nuestros antiguos billetes de banco, usaríamos muy distinto lenguaje (3).» Evitar una guerra en el propio país era lo primero en que debía pensar Metternich a toda costa en 1813, por mas que interiormente sintiera los mismos deseos imperiosos de luchar que en 1809. El desengaño que de labios del conde Metternich recibía Knesebeck procedía de la ilusión que se habían hecho los de Potsdam de poder contar con 300,000 austriacos dispuestos a entrar en campaña; pero después que Knesebeck hubo visto que no existía en realidad el Austria armada y aprestada que él había soñado, comprendió que el conde Metternich hacía lo que en aquellos momentos era mas conveniente para el Austria y aun para los demás. «El Austria, — decía en 6 de febrero al rey (4), — no está preparada por el momento, pues solo cuenta con 50,000 hombres. Si con estas fuerzas se declara inmediatamente contra Francia, es evidente que la guerra pesará únicamente sobre ella, pues siendo la que está mas cerca de Francia el ejército francés la invadirá en seguida. ¿Qué resultaría de ello? Que el Austria no podría terminar sus preparativos; que Prusia no podría acudir sino muy tarde a su auxilio; que los ejércitos de Rusia tendrían que pelear en Austria, si es que podían penetrar en esta nación, y que toda la Alemania del Sur tomaría parte activa en la guerra contra el Austria. ¿Y por ventura se conseguiría de esta suerte el fin grandioso que del actual estado de cosas puede el mundo esperar? Difícilmente, siendo mas que probable que este fin quedara malogrado y que la lucha terminase con la pérdida de una provincia austriaca.»

Esta consideración hubiera sido decisiva para la conducta del Austria, aun en el caso de que no hubiese tenido deberes que cumplir respecto de Francia, a tenor de los tratados existentes; pero mas había de serlo desde el momento en que estaba aliada, desde 14 de marzo de 1812 con Napoleón, y que éste acababa de exigirle que aumentara en el doble el contingente de su ejército auxiliar. Toda la política de Metternich tendía primera y principalmente a libertar al Austria de esta cadena y a librarse de los compromisos contraídos con Napoleón sin entrar prematuramente en guerra con él. Daba Metternich el nombre de «movilidad» al estado que quería conseguir por medio del paulatino y amistoso alejamiento del tratado de 1812, y para sus fines servíale maravillosamente la declaración de que Austria abogaba por la paz y deseaba ser oída por las potencias beligerantes como mediadora imparcial. En el momento mismo en que Napoleón consintiera en esta pretensión abandonaba, fuesen cuales fueran sus segundas intenciones, la base jurídica que se había consignado en el tratado de 14 de marzo, pues un mediador no podía depender de una de las potencias beligerantes ni

(3) *Austria y Prusia*, tomo I, pág. 149.

(4) En la obra *Austria y Prusia* se inserta una parte de este documento todavía inédito. Respecto de la impotencia militar del Austria, dice Radetzky en una nota póstuma: «Estoy firmemente convencido de que las vacilaciones del Austria en unirse a los aliados, en el año 1813, se fundaban en la poca confianza que sus propios recursos le inspiraban. No había dinero y nadie creía en la posibilidad de poner en breve plazo al ejército en el debido estado de movilización. El ejército se encontraba antes de la guerra en un abandono demasiado deplorable: las compañías apenas tenían un efectivo de 60 hombres. El ejército no era entonces mas que una inocentada militar y los soldados no pasaban de labradores disfrazados, circunstancia que, en parte, explica el gran número de enfermos existente. Cuando en la revista militar que se verificó en el valle situado entre Teplitz y Arbesau, en 12 de setiembre de 1813, se puso la artillería en línea de batalla, los soldados del tren llevaban blusa y calzones de hilo, y para formarlos en línea los oficiales de artillería tuvieron que agotar todo el repertorio de voces de mando y de quejas.» Comunicaciones del archivo imperial de la guerra. Nueva serie (1887), páginas 73-74.

estar con sus fuerzas en ninguno de los dos campamentos, antes al contrario, debía ser dueño de todos sus miembros y tener el derecho de cambiar con los beligerantes las palabras y los mensajes de paz, apareciendo amigo de las dos partes pero aliado de ninguna.

Metternich dedujo todo esto de las palabras: «Acepto la mediación de Austria,» que Napoleón había dicho al conde Bubna, y consiguió dar un paso más decisivo todavía cuando —según se cuenta (1)— hubo sacado el cuerpo auxiliar del ducado de Varsovia sin que Napoleón, a pesar de la indignación que este acto arbitrario le produjo, se atreviera a mover ruido ni a reclamar contra él. Era para Metternich un triunfo especial el hecho de que la «movilidad» usada en esta ocasión por el emperador Francisco se había conseguido por medios que no merecían censura alguna. La unión de Prusia a Francia había sido tan abiertamente forzada que para esta última nación «un rápido cambio» era simplemente un deber de la necesidad. La unión de Austria a Francia, en cambio, no podía ser considerada como absolutamente forzada, especialmente desde el casamiento de la archiduquesa. Por esto decía Metternich a Knessebeck: «Las relaciones en que se encuentra el Austria no permiten un cambio rápido sin que de ello resulte rebajada la dignidad del monarca. Por eso el objeto principal del gabinete austriaco debe ser reconquistar por un medio legal y digno su completa libertad y procurar que sea la misma Francia la que rompa los lazos que en virtud de los tratados nos unen con ella (2).» En este sentido de romper los compromisos consideraba y estimaba la declaración de Napoleón de que aceptaba la mediación del Austria.

Si con todo esto no se hubiese tendido más que a lo que se había realmente conseguido con el regreso de Schwarzenberg y con el armisticio firmado por él con los rusos en 30 de enero, la actividad diplomática del conde Metternich había llegado a su término y podía descansar mientras el resultado de la primera acción militar no indicara a qué parte se inclinaba el éxito. Sin embargo, no fue así. La corte que a los ojos del mundo entero representaba el papel de predicadora de paz y aparecía favorable a todos y enemiga de nadie, trabajaba secretamente con tal celo y tanta decisión en contra del emperador de los franceses, que los enemigos de éste que estaban iniciados en el secreto no podían ocultar su alegría.

Entre las instrucciones que el barón de Wessenberg llevó, en 8 de febrero, a Londres, había consignado Metternich, para explicar la actitud reservada que interinamente conservaba el Austria, lo siguiente: «La consideración suprema que ha de dirigirnos en la crisis actual es la necesidad apremiante que sobre nosotros pesa de impedir con todas nuestras fuerzas que el interior de nuestros Estados sea convertido en teatro de la guerra, lo cual sucedería indefectiblemente si ésta, que hoy está circunscrita al Norte, se convirtiera en guerra del Sur. Por esta razón hemos de evitar en nuestras relaciones con las potencias beligerantes todo aquello que pudiera traer consigo este funesto suceso, que libraría a Napoleón de la dificultad que para él supone el hacer la guerra en un territorio árido y extenuado y le permitiría trasladar la lucha a su antiguo sitio en donde tendría todas las ventajas perfectamente conocidas (3).» Para lograr que la guerra continuara en el Norte existía un medio sencillo, cual era animar secretamente a Prusia para que se uniera a Rusia en la lucha de la independencia contra Napoleón, y este me-

(1) Véase anteriormente.
(2) *Austria y Prusia*, tomo I, pág. 138.
(3) *Austria y Prusia*, tomo I, págs. 202-203.

dio fue adoptado con el éxito que ya conocemos. Lo que Austria se proponía con esta conducta sabía perfectamente Knessebeck, quien, sin embargo, estaba persuadido de que precisamente en esto coincidía el interés de Austria con el de Prusia y con la grandiosa causa de ésta. En el documento de 6 de febrero —de que ya hemos hablado— proseguía diciendo Knessebeck: «¿Qué resultará, en cambio, si el Austria continua haciendo sus aprestos y no se declara todavía? Que los ejércitos franceses se verán obligados a dar un rodeo y a dirigirse al Norte de Alemania, con lo cual se pasarán seguramente seis semanas antes de que puedan presentarse con todas sus fuerzas. Además, tendrán que acudir a un país en donde no podrán hacer la guerra tan cómodamente como en la fértil Austria, tan abundante en vino y en carne. De aquí también que todo el Sur de Alemania apenas tomará parte en la guerra (Baviera, por ejemplo, quedará completamente paralizada por los armamentos del Austria) y los ejércitos rusos se verán casi precisados a avanzar y a tomar parte en la lucha, a lo cual les impulsa el corazón del mismo emperador. La cooperación de Suecia y de Inglaterra servirá asimismo inmediatamente a este fin. De modo que el teatro de la guerra tendrá que ser trasladado a un país donde la opinión popular es contraria a Francia, lo cual no hubiera podido conseguirse de otra manera, aun en el caso más favorable. Este gran rodeo que las fuerzas francesas se verán obligadas a dar y el avance de los rusos, que probablemente traerá esto consigo, no dificultarán tanto los armamentos de Prusia como en el caso contrario habría sido dificultado el armamento del Austria. Viéndose Francia obligada a llevar sus tropas al Norte, la potencia austriaca quedará a un lado y tendrá junto a sí sus ejércitos, que, gracias a su situación geográfica, tendrán doble fuerza para el porvenir. De esta manera, Austria será la más poderosa reserva para todos los casos que se presenten, ora sea para apoyar a Prusia y a Rusia en la desgracia, ora para dictar, en caso de triunfo, la paz según nuestros grandes ideales.»

Para asegurar y extender la guerra en el Norte, habíase influido con éxito sobre Prusia, manteniendo reservadas las propias fuerzas, que era lo que exigía el interés de la propia seguridad. Pero el conde Metternich aun hizo más, pues influyó secretamente en el ánimo de los príncipes de la confederación del Rin para privar al emperador francés de las fuerzas de éstos. A este efecto se indicó, en 18 de febrero, al encargado de negocios austriaco en Stuttgart, el barón Binder, que hiciera al rey de Wurtemberg, cuyo celo en favor de Francia parecía entibiarse, algunas manifestaciones encaminadas a fortalecerle en estas recientes tendencias, demostrándole la conveniencia de que no se precipitara en sus armamentos, sino que observara una conducta «prudentemente contemporizadora,» pues cuanto más rápidamente pusiera sus tropas en pie de guerra, tanto mayores serían las pérdidas que sufriría. El príncipe Schwarzenberg, durante el viaje a París que hizo a fines de marzo, atrevióse a decir en Munich al embajador francés, conde Mercy Argenteau, ciertas cosas que, coincidiendo con las negociaciones que allí se habían entablado por parte de Prusia (4), produjeron gran impresión en la corte, para la cual no eran ciertamente un secreto. Schwarzenberg creía, muy despreocupadamente, que el emperador Napoleón se avendría a retirarse a su frontera del Rin, a abandonar las ciudades anséaticas, a renunciar a Iliria y a dejar en libertad a los príncipes alemanes, pues que Francia, aun después de estas renunciaciones, continuaría siendo sobradamente grande y poderosa. Las cosas, según su opinión, no podían seguir en el estado en que estaban, y así

(4) *Austria y Prusia*, tomo I, pág. 335.

debían pensarlo todos los franceses que conocieran la situación de los ánimos en Alemania (1). Al mes siguiente, Metternich consiguió que el rey de Sajonia se separara de Napoleón y aun le hizo prestar en cierto modo juramento contra el que hasta entonces había sido su señor. Por el convenio de 20 de abril el monarca sajón se obligó a unirse a la mediación armada de Austria en pro de la paz, y solo para el caso de que las negociaciones fracasaran se comprometía a cooperar a la lucha. Aun cuando el sentido de esta obligación era suficientemente claro, el ministro conde Senft vió desvanecida la última duda que acerca de su significación pudiera caberle cuando, en 25 de abril, llegó a Viena y en una conversación que tuvo con Metternich descubrió fácilmente —según él mismo dice— que la corte de Viena no pensaba seriamente en la paz, que en el fondo estaba decidida a hacer la guerra y que solo se trataba, según decía Metternich, de ganar tiempo con vanas palabras para completar los preparativos militares, que debían estar terminados a fines de mayo (2).

Como vemos, alrededor de Napoleón se tenía noticia de la verdadera tendencia de la política austriaca, y esto sentado, ¿puede admitirse que el emperador francés fuera el único que se engañara o se dejara engañar sobre este particular? Si así hubiera sido, no se habría debido sin duda a Metternich, pues si bien éste no dejaba entrever cuáles eran sus propósitos más que en la medida de lo que debía para conseguir su intención del momento, no por eso llevó engañado a Napoleón, especialmente con protestas tales como las de que los intereses de Francia y de Austria eran los mismos, de que la alianza con Francia era indispensable al Austria (3), de que el emperador Francisco estaba dispuesto a combatir a los enemigos de los intereses de Francia, que él no separaría nunca de los de su propio reino (4), etc., etc. Y decimos que no podía vivir engañado por estas protestas, por cuanto Metternich establecía entre Francia y Napoleón una separación tan marcada, que en 23 de marzo aconsejó a los aliados que declararan abiertamente que no luchaban contra Francia ni contra Alemania sino contra Napoleón, con exclusión completa de la nación francesa (5): es más, nunca ni en parte alguna manifestó Metternich tener un interés común con Napoleón. Todas las ilusiones que sobre este particular se acariciaran hubieron de desaparecer cuando la declaración de guerra de Prusia colocó al gabinete austriaco enfrente de una alternativa premiosa. El conde Metternich preveía que Napoleón tomaría esta declaración de guerra como pretexto para halagar al Austria con un nuevo reparto de Prusia, en virtud del cual le correspondería la Silesia (6), y que gracias a esto podría conservar el cuerpo de ejército auxiliar que estaba a punto de escapársele. Pero por lo mismo que previó este plan, anticipóse a él con palabras y con hechos. El príncipe Schwarzenberg, que protegido por el armisticio de 30 de enero había conducido su cuerpo de ejército desde Varsovia a Cracovia, obligando con ello a los polacos de Poniatowski y a los sajones de Reynier a emprender la retirada (7), recibió el día 20 de marzo, en Viena, el encargo de partir

(1) Bignon: *Histoire de France sous Napoleon*, tomo XI, (París 1845), páginas 433-434.

(2) *Austria y Prusia*, tomo II, págs. 282-283.

(3) Memorias de Oton de 15 y 17 de febrero de 1813. Fain, tomo I, páginas 303-306.

(4) Nota de Metternich, de 1.º de mayo. Lefebvre: *Histoire des cabinets de l'Europe*, tomo V, pág. 284.

(5) *Napoleon hors de France, Austria y Prusia*, tomo I, página 357.

(6) Véase el despacho del duque de Bassano, de 27 de marzo. *Austria y Prusia*, tomo I, págs. 316-317.

(7) *Austria y Prusia*, tomo I, pág. 305.

para París y declarar al emperador Napoleón que el Austria por ningún precio iría contra Prusia: «Austria y Prusia, dos naciones en otro tiempo separadas por la envidia, han confundido, por decirlo así, recientemente sus intereses. Unidas en el deseo de evitar la guerra en el año 1812, cuando ésta fue inevitable se adhirieron, sin ponerse previamente de acuerdo, al sistema francés. La marcha de los acontecimientos ha arrancado a Prusia de este sistema y le ha hecho seguir otro diametralmente opuesto: este cambio de situación ofrece solo dos posibilidades: ó Prusia sale vencedora en la gran lucha que se prepara, y en este caso recobra las fuerzas y el poder que tuvo antes de 1806, ó resulta vencida en ella y entonces está amenazada hasta su propia existencia. Austria verá siempre gozosa que Prusia reconquiste su completa independencia, y si Austria consiguiera ser igualmente poderosa é independiente, quedaría establecido el sistema que indudablemente más favorece a los intereses de Europa, pues entre Francia y Rusia se extendería una imponente muralla y la tranquilidad de la Europa central aseguraría la de estos dos grandes Imperios. Por otra parte, el Austria no puede permanecer impasible ante la posibilidad de una destrucción de Prusia. ¿En provecho de quién redundaría esta destrucción? Nuestros intereses se oponen de igual manera a un engrandecimiento del poderío de Francia que a toda extensión del poder de Rusia. ¿Se invitaría al Austria a tomar parte en una desmembración de Prusia? El emperador, arrojando de sí toda idea de conquista que esté en pugna con sus inquebrantables principios fundamentales, no tratará nunca de buscar una falaz ventaja en la ruina de un Estado amigo. Si Austria coadyuvara a la destrucción de la segunda potencia intermedia, firmaría indudablemente su propia sentencia de muerte (8).» Ya cinco días antes había Metternich adoptado las oportunas disposiciones para hacer desaparecer por completo el cuerpo auxiliar junto con los polacos antes de que Napoleón pudiera echar nuevamente mano de ellos. En efecto, el día 23 de marzo había encargado al caballero Lebzelt, que desde primeros del mes se encontraba en el cuartel general ruso de Kalisch, que firmara con los rusos un convenio profundamente secreto, que quedó firmado y perfeccionado antes de que pudiera tener de ello la menor sospecha el nuevo embajador de Napoleón en Viena, el conde Narbonne (9). A tenor de este convenio, dos divisiones rusas avanzaron contra los austriacos y polacos que se encontraban en Cracovia, en la orilla izquierda del Vístula. El general ruso Sacken denunció, en 12 de abril, el armisticio declarando que los aliados no podían tolerar que en sus flancos y a su espalda hubiera un foco de movimientos y de motines como el que constituían las tropas polacas del príncipe Poniatowski. El general austriaco Frimont emprendió, en su consecuencia, la retirada a la orilla derecha del Vístula, donde le dió asilo la Galitzia austriaca. Los polacos de buen ó mal grado tuvieron que seguirles y darse por muy satisfechos con que se les permitiera atravesar el Austria bajo la condición de que abandonaran las armas, que luego les serían enviadas y restituidas en cuanto salieran del territorio austriaco. Cuando en 18 de abril Narbonne, por encargo del emperador Napoleón, pidió que el general Frimont denunciara inmediatamente a los rusos el armisticio, contestóle Metternich que ya lo habían hecho los mismos rusos seis días antes, y habiendo aquel exigido que los austriacos cayeran en Polonia sobre los rusos y en Silesia sobre los prusianos, pues de lo contrario Napoleón consideraría rota la alianza y quizás atacaría con todas sus fuerzas a los austriacos, se le re-

(8) *Austria y Prusia*, tomo I, págs. 314-315 y 442.

(9) *Austria y Prusia*, tomo II, pág. 201.